

Helen Escobedo

Un horizonte abierto y libre

Estela Alcántara



Helen Escobedo decidió regresar al Museo Universitario de Ciencia y Arte con la exposición más grande de su vida. Ahí exhibe *Estar y no estar*, una muestra de 15 instalaciones que invita a reflexionar de manera irónica sobre la vida y la muerte.

Cuando le propusieron que presentara una retrospectiva, optó mejor por una “introspectiva”. La otra, dijo, “la pueden hacer cuando yo me muera, porque a mí no me interesa recoger todos mis bronces que andan regados por Dios sabe dónde”.

A la escultora de la eterna sonrisa infantil no le preocupa revisar su propia obra o mirar hacia atrás. Desde que descubrió el arte en un trozo de plastilina, a los cinco años, lo que le motiva es mantener su horizonte abierto y libre para continuar creando.

Por ello, con frecuencia dice: “tengo mi mochila, mi cepillo de dientes y estoy lista para viajar”. Viaja para evitar el invierno, siempre en busca de la luz, de ahí que viva en dos continentes, seis meses en Alemania, al lado de su esposo, y luego, cuando comienza la oscuridad en aquel país, con los colores otoñales regresa a México, donde disfruta las fiestas decembrinas al lado de su familia.

Helen es una escultora afortunada, viaja siempre con poco equipaje, porque no tiene que cargar, asegurar o enviar la obra que ya realizó en México o en cualquier otro país. Cuando llega a los países donde la invitan a montar una exposición —de los que a veces desconoce el idioma— lo primero que hace es rodearse de jóvenes estudiantes que se encargan de mostrarle los materiales de la región, buenos, baratos, prestados, donados o factibles de ser regresados a sus propios dueños.

Con esos materiales construye sus instalaciones y cuando ve terminada una obra, le toma fotografías, video y, como si practicara un ritual, se despide de ella.

LA VIDA TRASHUMANTE DE HELEN Y LAS MALAS NOTICIAS

En este ir y venir, la escultora no sólo se va, sino que regresa también a ciertos lugares, sobre todo a aquellos que le resultan entrañables, como el MUCA, recinto donde trabajó entre 1961 y 1979.

Sus 15 instalaciones, realizadas en su mayoría exclusivamente para el museo, lucen como si formaran parte del recinto de manera permanente. Y es que la escultora conoce perfectamente este espacio: “es el único museo en México, y posiblemente en Latinoamérica, que te permite cambiar los muros, las mamparas, la altura de los techos y hacer una serie de instalaciones adecuadas a tus ideas preconcebidas”.

“No hay rampas, no hay pisos a desnivel, es un espacio libre, abierto, un rectángulo con cuatro muros, un techo y unas columnas a cada diez metros y, para mí, ésta es la solución a un museo dinámico que puede albergar todo tipo de exposiciones, desde miniaturas hasta murales, y desde instalaciones hasta performances.”

Admite que algunas de las instalaciones que exhibe ahí ya las había pensado o realizado de otra forma, pero ahora las propone en versiones perfeccionadas. “Nunca me detengo, no me quedo con una obra que todo mundo me *chuleó*, eso me da miedo porque pienso que puedo encerrarme en un callejón sin salida donde sólo voy a tener que retroceder.”

“Yo quiero mi horizonte abierto y libre para que pueda seguir reaccionando con estos nuevos espacios que se me abren, sea donde sea, una mina, una terminal de autobús, un hotel abandonado, porque estos lugares tienen mucha carga, mucho eco propio y me gusta escuchar los ecos, retomarlos y volver a dar vida a los espacios abandonados”, comenta.

La escultora asegura que esta exposición es una de las más grandes de su vida, incluso mayor a la que realizó en los años setenta en el Museo de Arte Moderno. Sin embargo, lo único que espera de ella es reencontrarse con su público y dar a conocer su trabajo entre los jóvenes espectadores.

Los temas de las instalaciones tienen un doble filo, aluden a la vida trashumante de la artista, pero también al viaje de la muerte. Escobedo dice que es importante reflexionar ahora sobre estos temas, “porque parece que seguimos destruyéndonos; y la muerte es más noticia que la vida”, dice.

En *Malas noticias*, una de las instalaciones más impactantes, se percibe con claridad la dimensión de la tragedia humana: en cuatro camillas de hospital yacen cuatro figuras, algunas cercenadas en sus extremidades, construidas con recortes de papel periódico y encabezados de guerras, asesinatos o catástrofes naturales.





La habitación donde se presenta esta instalación semeja una sala de hospital que, sin embargo, tiene irónicamente en sus vitrinas utensilios domésticos —peladores de papas, sacacorchos, cuchillos de cocina, cucharas— en lugar de herramientas de quirófano.

Esta misma sensación se experimenta en *Muerte sin fin*, un cementerio al ras de la tierra —y al pie del mural del Valle de México que realizaron para el museo los pintores Nicolás y Alejandro Moreno— donde yacen 15 formas envueltas y amarradas, hechas de petates y tapetes viejos con tierra de hoja esparcida.

La oscuridad del espacio donde se exhibe la instalación y el ambiente húmedo del lugar provocan en el espectador una sensación escalofriante.

En *El cuarto hundido* podemos ver una sala con muebles viejos, cortados a la mitad de manera horizontal para dar la impresión de que están sepultados en ceniza volcánica —que la artista trajo del Popocatepetl especialmente para esta exposición— que cubre el piso de la habitación. El montaje desolador nos remite a la tragedia humana provocada por el desastre natural.

En general, las instalaciones son experiencias dentro de habitaciones que enfrentan al público, a veces de manera irónica, con el pánico, el miedo al vacío o la muerte. Todas, revela la artista, son producto de recuerdos de tragedias, algunos experimentados en carne propia y otros leídos; “son alusiones a sucesos que nos podrían ocurrir en cualquier momento, porque vivimos al borde de un abismo en la Ciudad de México”.

Pero no todo es terrible en la exposición de Helen Escobedo. La escultora también sabe reírse de la vida y de la muerte. En su *Indumentaria para la guerra y la paz*, presenta dentro de una vitrina una serie de objetos que provocan en principio una gran carcajada. Por ejemplo, unas

guarabotas, es decir, un calzado mitad bota y mitad huarache, o un *gorrombrero*, un sombrero militar que también es gorra.

Asimismo, en *Excavación 2500 A.D. cerca del mercado de La Merced*, la artista exhibe cuatro figuras humanas, de apariencia prehispánica, construidas a base de “tepalcates”, trozos de ollas, macetas y cazuelas de barro que la escultora recogió del mercado de la Merced.

Las figuras yacen sobre la tierra como si fueran entierros prehispánicos, pero cuando el espectador se percata de que las narigueras de estos personajes corresponden a las asas de vasijas domésticas, la solemnidad de la escena deriva en humor.

Y, por supuesto, el *Bicivocho* que exhibe en la entrada del museo, un prototipo de bicicleta realizado con partes de volkswagen que es, quizá, la propuesta más lúdica y funcional que pudiera haberse realizado durante los últimos tiempos para resolver los problemas de tráfico de esta ciudad tan caótica como entrañable.

EL ENCUENTRO CON EL PÚBLICO

Cuando Helen Escobedo regresó del Royal College of Art de Londres, en 1954, donde estuvo becada, comenzó a trabajar con una serie de figuras en bronce que llamó *El artista puro* y que presentó en la Galería de Arte Mexicano.

Se trataba de una secuencia en la vida de un artista: el artista con su mamá, el artista con su mejor amigo enseñándole un cuadro, el artista rodeado de un público de admiradores, el artista muy crecido que ha dejado atrás al público y, finalmente, el artista en su dimensión real, solo, pero libre.

A partir de esa obra, Helen Escobedo decidió que el público —que había modelado en sus piezas de bronce— iba a ser un público real, y así comenzó a realizar piezas penetrables que demandaban una mayor participación de los espectadores.

Con esta idea construyó sus “muros dinámicos” —nombrados así por Raquel Tibol— que eran mamparas policromadas, propuestas casi arquitectónicas con diseños de puertas y ventanas donde el espectador se podía medio meter o medio salir.

Esa experiencia le sirvió para transformar su obra, pero también le influyó el haber conoci-

do la escultura urbana de Mathias Goeritz. A partir de 1968 fue Goeritz quien le dio un gran impulso a su carrera plástica. Le hizo comprender la escultura urbana y ambiental en relación con su entorno, la sorprendió con los *Oros minimalistas avant la lettre*, con su desacralización del fenómeno artístico, con su humor y su amistad.

La ayudó, como a tantos otros, a descubrir qué quería ser. También la impulsó a presentar el proyecto *Puertas al viento* al jurado de la Olimpiada Cultural que resultó ser uno de los seleccionados para la Ruta de la Amistad.

En esa época, la escultora comprendió que hay un arte permanente, el que le comisionan, el arte caro que requiere contratos y firmas de abogados. Pero también advirtió que hay un arte “efímero”, que puede realizar cuando la invitan a cualquier parte del mundo.

“Lo que hago es llegar a un sitio totalmente desconocido, a veces ni siquiera hablo el idioma, entonces me rodeo de un grupo de estudiantes que sí conocen el sitio, que sí hablan el idioma y que me pueden mostrar qué materiales locales son buenos, baratos, prestados, donados o factibles de ser regresados a sus propios dueños. Este arte sale mucho más barato, la instalación que resulta se refiere al sitio y los estudiantes aprenden”, comenta.

HELEN, LA PLÁSTICA Y LA UNAM

Durante los años en que Helen Escobedo se dedicó a promover el arte en los museos universitarios, el MUCA, el Museo Universitario del Chopo y la Galería Aristos, aprendió a valorar la relación del público con el artista, tanto que la difusión y el desarrollo de las artes plásticas en esta casa de estudios durante la segunda mitad del siglo que culmina no podrían explicarse sin el trabajo de la escultora y promotora.

En efecto, la mujer de la eterna sonrisa infantil fue quien impulsó la obra de los artistas más prestigiados de su generación, entonces apenas jóvenes creadores marginados del discurso plástico de la posrevolución.

Recuerda que llegó a trabajar al MUCA en 1961, aún muy joven, “de minifalda y toda la cosa”, como jefe de Artes Plásticas de este recinto que, un año antes, acababa de abrir sus puertas.

Invitada por su fundador y primer director, el doctor Daniel Rubín de la Borbolla, participó en el montaje de las exposiciones más importantes que se presentaron ahí durante la década de los sesenta: *Picasso grabador* (1961); *Escultura africana* (1963); *Cien años de dibujo francés* (1962); *Homenaje a Frida Kahlo* (1964) y *Siqueiros, exposición retrospectiva* (1967), entre otras.

La propia escultora participó con su obra en una de las exposiciones más provocadoras y renovadoras del arte mexicano contemporáneo que se presentó, en 1969, en este mismo recinto: el *Salón Independiente*. Entre los artistas plásticos figuraban Gilberto Aceves Navarro, Lilia Carrillo, Manuel Felguérez, José Luis Cuevas, Roger von Gunten, Vicente Rojo, Fernando García Ponce, Brian Nissen y Arnaldo Coen, entre otros.

La exposición tuvo dos ediciones más: el *Salón Independiente II y III*, que acogieron al grupo de artistas que entonces se oponían a las bases de la muestra el Salón Solar 68, organizada por Bellas Artes, donde —opinaban algunos— estaban representados muchos “ismos” del viejo arte moderno.

El trabajo que desempeñó en el MUCA, que pronto se convirtió en un museo dinámico, capaz de albergar toda clase de expresiones plásticas, le valió ser designada, en 1974, directora de Museos y Galerías de la UNAM, al frente de dos espacios más: el Museo Universitario del Chopo y la Galería Universitaria Aristos.

En 1978 Helen Escobedo dejó el cargo de directora de Artes Plásticas, porque fue nombrada investigadora del Departamento de Humanidades e invitada a participar con otros cinco escultores en el diseño y supervisión de la magna obra transitable, conocida hoy como el Espacio Escultórico del Centro Cultural Universitario.

La artista es considerada hoy como una de las escultoras e instalacionistas más importantes de nuestro país. Su gran público puede asistir a conocer su obra efímera en el MUCA CU, pero también puede apreciar y, sobre todo, “vivir” de manera permanente uno de sus proyectos más logrados: el que realizó junto con Mathias Goeritz, Federico Silva, Manuel Felguérez, Sebastián y Hersúa, en el propio Espacio Escultórico.

Estar y no estar. 15 instalaciones de Helen Escobedo se exhibe en el Museo Universitario de Ciencia y Arte. Ciudad Universitaria, Circuito interior, costado sur de la Torre de Rectoría. ①

